



EL VIENTRE

Virginia Alvarado

EL VIENTRE



Primera edición: noviembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Virginia Alvarado

ISBN: 978-84-18544-30-9

ISBN digital: 978-84-18544-31-6

Depósito legal: M-26417-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para todas las madres, en especial la mía.

Índice

Capítulo 1.....	13
Capítulo 2.....	17
Capítulo 3.....	21
Capítulo 4.....	25
Capítulo 5.....	29
Capítulo 6.....	33
Capítulo 7.....	35
Capítulo 8.....	37
Capítulo 9.....	41
Capítulo 10	47
Capítulo 11	49
Capítulo 12	51
Capítulo 13	55
Capítulo 14	59
Capítulo 15	61
Capítulo 16	67
Capítulo 17	71
Capítulo 18	75
Capítulo 19	77
Capítulo 20	81
Capítulo 21	85
Capítulo 22	87
Capítulo 24	93
Capítulo 25	97
Capítulo 26	101
Capítulo 27	103
Capítulo 28	107
Capítulo 29	109
Capítulo 30	111
Capítulo 31	113

Capítulo 32	117
Capítulo 33	121
Capítulo 34	123
Capítulo 35	125
Capítulo 36	127
Capítulo 37	129
Capítulo 38	131
Capítulo 39	133
Capítulo 40	135
Capítulo 41	137
Capítulo 42	139
Capítulo 42	147
Capítulo 43	149
Capítulo 44	151
Capítulo 45	153
Capítulo 46	159
Capítulo 47	161
Capítulo 48	163
Capítulo 49	165
Capítulo 50	167
Capítulo 51	169
Capítulo 52	171
Capítulo 53	173
Capítulo 54	175
Capítulo 55	177
Capítulo 56	181
Capítulo 57	183
Capítulo 58	185
Epílogo.....	189
Nota de la autora	191
Agradecimientos	193

*«La idea de que algunas vidas importan menos que otras
es la raíz de todo lo que está mal en el mundo».*

Paul Farmer

Capítulo 1

Makena había vivido en el Infierno. De hecho, le había tocado vivir unos cuantos. Según ella, su suerte estaba escrita desde el día de su concepción. El primer indicio de lo que vendría después fue haber nacido pobre. El segundo, haber nacido mujer. Siguieron muchos más.

Sin embargo, en aquel momento gozaba de cierta libertad. Libertad que no iba ligada en absoluto a una sensación de paz interior, sino a todo lo contrario. Sus recuerdos y sus vivencias la atormentaban hasta tal punto que todo lo que hacía giraba en torno a ellos. Simplemente había cambiado el tono de su desesperación. Ya no era una sensación de locura, de descontrol, de desasosiego. En ese momento se había convertido en una desesperación apaciguada, controlada, planeada, algo que había pasado a habitar su alma, a ser parte de ella.

Con mucho cuidado, vertió la gasolina y el aceite de motor en la botella de vidrio. La cerró con cinta aislante, poniendo un trozo de tela en medio. La envolvió en un poco de papel de periódico y la metió en su mochila, teniendo cuidado de que no se vertiera. Su piel oscura, casi tanto como su ropa, la hacían poco visible bajo la tenue luz de una luna en cuarto creciente. Hacía tiempo que había

cambiado las vestimentas coloridas de su país natal por ropa oscura y europeizada. Pedaleó en su bicicleta, que seguramente tenía más años que ella, con una calma que no se correspondía a la situación.

Cuando llegó a su destino, bajó de la bici y meditó unos segundos, observando a la gente que cenaba en aquel restaurante de lujo. Sus precios prohibitivos solo permitían que una pequeña fracción de la élite pudiese cenar allí. Las luces, escasas y cálidas, le daban al ambiente un toque íntimo. Sobre las mesas negras e impolutas, resaltaban las servilletas de un blanco inmaculado y relucían los cubiertos de plata. La gente, en su mayoría parejas de mediana edad, cenaba con conversaciones que parecían, desde su posición, suaves y fluidas. Los peinados, las ropas, los rostros... Eran perfectos. Tanto, que le repugnaba. Incluso le parecía oír una delicada melodía que ayudaba no solo a alimentar el cuerpo, sino también el alma, convirtiendo una cena en un acontecimiento casi espiritual.

Mientras observaba a través de la vidriera del restaurante, se rascó distraídamente, como hacía siempre, el tatuaje que llevaba desde el día que entró al Infierno. El 269 marcado en su piel, que sobresalía levemente en un tono un poco más claro que el resto de su tez, estaba rodeado por arañazos y cicatrices. Aun así, no se había borrado. Nunca lo haría.

Sacó la botella de la mochila, escondida en la penumbra, como una sombra invisible. Había pensado mucho en aquello. Finalmente, su dolor le había hecho tomar aquella decisión. Un dolor profundo, incrustado, que jamás sanaría. Ni siquiera con actos como aquel, pero tampoco sin ellos. Respiró profundamente, encendió la mecha y lanzó la botella contra el restaurante.

Se alejó rápido, pero aun así sus oídos pudieron captar los gritos y los cristales rotos, y su piel, el calor de las llamas. Pedaleó rápido, sin mirar atrás. Cuando llegó a casa, temblaba un poco. Suspiró. Se sentía levemente culpable, pues no había nacido con la ira en su interior. Se convenció a sí misma de que había actuado bien. Además, no temía las consecuencias. Primero, porque vivía en un estado de indiferencia casi total. Segundo, porque los espíri-

tus siempre habían estado de su parte. Y tercero, porque ya no le quedaba nada que perder.

De todas formas, ninguna de las personas que cenaba en el Exóticas Maravillas aquella noche merecía su compasión.

Capítulo 2

Makena había nacido en una aldea remota de una isla de Tanzania, hacía ya treinta y cuatro años. Sus recuerdos de infancia eran agradables, aunque, echando la vista atrás, reconocía las múltiples carencias, a varios niveles, que tuvo de niña. Recordaba en amarillo viejo, como si su memoria estuviese compuesta de fotografías antiguas y puestas de sol, así que todo se teñía de un tono cálido y alegre. Cuando no trabajaba, corría por las calles de tierra, levantando una polvareda con sus pies descalzos. Recordaba con amor el *ugali* que le preparaba su madre, a veces acompañado de arroz y pescado que vendían a buen precio a pocos metros de su casa. Le encantaba cantar, y muchas tardes se las pasaba en la playa, buscando turistas a los que sorprender con sus alegres canciones y su carita simpática, mientras extendía la mano por si la suerte estaba de su parte aquel día y le caían algunas monedas. Aprovechaba, sobre todo, el mágico momento del atardecer africano, que dejaba a los turistas —y a algunos locales, por qué no decirlo— embobados frente al mar, pendientes de como un rojísimo y enorme astro rey se escondía poco a poco entre las aguas claras del Océano Índico, que quedaban entre la isla y el continente, aunque para Makena aquella pequeña franja de mar parecía un océano entero.

Había sido una niña activa, juguetona, trabajadora y estudiosa en los pocos años de escolarización de los que gozó. Creció rodeada de tierra, mar, fruta y basura. «Las cosas malas no se ven tan malas a través de los ojos de un niño» —se solía decir a sí misma.

Recordaba, también, bastante a menudo, su primer contacto con los espíritus. Un calor desolador resbalaba aquel día por las calles de su aldea. Su tío estaba enfermo. Y su tío, como muchas otras personas de aquel lugar, confiaba más en los espíritus y sus enviados que en la medicina, que se dignaba poco a aparecer por aquellos lares. Había venido un chamán de otra aldea cercana, acompañado por espíritus coloridos y de aspecto algo aterrador, o por humanos disfrazados de ellos. Makena no lo sabía, pero algo se removía en su interior cuando los veía danzar al ritmo de los tambores y mover hipnóticamente sus vestimentas de paja y telas de colores. Las melodías le serpenteaban y le repiqueteaban en los oídos, como animales furiosos, y sus ojos no dejaban de observar los ritos y la magia que se movían alrededor de su tío. Ella debía tener cinco años, quizá seis. En medio de todo aquel alboroto, cuyo principal ingrediente era el movimiento frenético, detectó algo: una figura quieta, inmóvil. El corazón se le paró momentáneamente al percatarse de que aquel espíritu la estaba mirando fijamente. Sus ropajes de paja aún se balanceaban levemente, como una ilusión, indicando que había parado de danzar de golpe. Solo para mirarla. Lentamente, el ser levantó un brazo y la señaló con el dedo índice. Su madre, al darse cuenta, se lamentó y agarró a la niña, pero el chamán ya se había fijado en ella.

El hombre se había acercado rápidamente, mientras murmuraba cantos y rezos que Makena no entendía. La cogió por los hombros y la zarandeó con fuerza. La niña estaba tan asustada que no fue capaz de llorar, pero sí oía a su madre lamentarse sin parar. El hombre se agachó y la miró fijamente a los ojos. Desprendía un olor penetrante, no precisamente agradable, tenía la frente perlada de sudor y los ojos demasiado abiertos, como si fuese capaz de ver cosas que nadie más podía ver. Después de unos instantes, que a Makena le parecieron eternos, el hombre se giró hacia su madre.

—Esta criatura está marcada por la desgracia. Esta niña viajará al infierno —al ver que la mujer se deshacía allí mismo, el chamán añadió—: No se preocupe. A pesar de todo, su espíritu es fuerte. Esto la protegerá.

El hombre sacó un pequeño colgante con una máscara africana tallada en madera oscura. Le rodeó el cuello con la cuerda e hizo un nudo con agilidad. Agitó su báculo por encima de la cabeza de la niña mientras recitaba palabras extrañas. Después se marchó, sin más. El espíritu seguía inmóvil en medio del frenesí, observándola. Makena se removió inquieta, toqueteó el colgante e inmediatamente el ente empezó a dar vueltas, vueltas, y vueltas, mientras sus ropajes se extendían y se agitaban, y danzó así, solo para ella, hasta que llegó la noche.

Makena encendió el televisor, arrebujaada en el sofá viejo, y escuchó las noticias. Como era de esperar, hablaban sobre el ataque en el restaurante, que calificaban como terrorista. Toqueteó el colgante, que aún llevaba, con delicadeza. Seis heridos. Ningún muerto. Se rascó el tatuaje mientras suspiraba, no sabía si de alivio o de decepción.

Capítulo 3

Todo había cambiado a peor el día en que su padre decidió casarla con un hombre diez años mayor que ella. Makena contaba por aquel entonces con catorce primaveras. El hombre residía en una aldea cercana y era agricultor, como su padre. Mwenye, así se llamaba, tenía la mano dura tanto con la hoz como con su joven mujer. Makena tuvo a su primer hijo a los quince años, e incluso estando embarazada, Mwenye seguía dándole palizas. Después de cada una de ellas, Makena se sentaba en silencio, preferiblemente cerca del mar, y toqueteaba con inquietud el amuleto que llevaba en el cuello. Interpretaba aquello como el infierno que debía vivir, y recordaba las palabras del chamán cada vez que le dolían el cuerpo y el alma. No solía llorar, ya que la resignación a lo que sería su vida a partir de su matrimonio le hacía no malgastar lágrimas en situaciones que no podía evitar y que, además, serían su pan de cada día.

Tuvo a su segundo hijo, esta vez una niña, a los diecisiete años. Aún vivían en la aldea, pero a su tercer hijo lo tuvo en la capital. Para Makena, aquello fue como irse al fin del mundo, a pesar de que la capital se encontraba solo a unos pocos kilómetros de su isla, cruzando el mar.

Mudarse a la ciudad fue la peor decisión que tomó Mwenye. Con una mujer, dos hijos y un tercero en camino, la promesa de una vida mejor, menos dura, más tranquila y con un nivel económico superior que, siendo agricultor, jamás conseguiría, lo hizo lanzarse de lleno a lo que sería su ruina. En la aldea, al menos, no les faltaba la comida. En la ciudad, en cambio, su pobreza se vio acentuada. Aquella promesa de la abundancia que nadie le había hecho, excepto su mente, caía junto a las humedades negras que resbalaban por las paredes del diminuto cuartucho que compartían con dos familias más. El sueldo irrisorio por los trabajos temporales que conseguía no llegaba para alimentar a su familia, y mucho menos cuando los invertía en alcohol, que retrasaba sus penas, o eso creía él.

Mwenye se volvió mucho más estricto con Makena. No la dejaba salir sola de la casa, y si lo hacía, tenía que ir más tapada de lo habitual. Los hombres de la ciudad no eran como los de la aldea, sus miradas eran como cuchillos, no los conocía, no sabía de qué eran capaces. Además, vivían en una zona peligrosa, con alto índice de criminalidad y de pobreza, que normalmente iban juntas de la mano, unidas por el lazo de la desesperación.

Makena cuidaba de sus hijos, Kibwe, Salma y Jengo, y realizaba las tareas del hogar. Cada día. Cada mes. Cada año. Hasta que llegó la desdicha, una vez más, tal y como había profetizado el chamán. Llegó de manera inesperada, cuando no tenía que llegar, en forma de vecino angustiado que venía a darle malas noticias.

—¿Eres la mujer de Mwenye? —preguntó el hombre, mientras se frotaba las manos, nervioso.

—Sí —respondió ella, con un nudo en la garganta.

—Mwenye ha muerto. Lo siento —anunció, angustiado.

Mwenye había fallecido a manos de un pobre igual de desesperado que él, que, aprovechando su estado de embriaguez, había robado su dinero y su vida. El mundo de Makena se vino abajo. ¿Qué iba a hacer ella sola, en la ciudad, con tres niños a los que alimentar?

Gracias al amigo de un conocido, que se había apiadado de ella, consiguió un trabajo como vendedora ambulante de pulseritas que sobre todo interesaban a los turistas que visitaban la capital. Muchas veces se llevaba a sus hijos, que ya eran mayores, a vender con ella, para abarcar más zonas y porque, además, los niños siempre vendían muchas más pulseras que los adultos. Kibwe tenía ya trece años; Salma, once, y Jengo acababa de cumplir los ocho. A Makena le hubiese gustado darles una vida digna, llevarlos a la escuela, incluso a la universidad, pero dada su situación eran sueños tan imposibles como lo era volar. Muchas veces pensaba en volver a la aldea, donde al menos su infancia había sido feliz, pero no se atrevía a viajar sola, tan lejos, ni tampoco podía pagar el transporte. Además, lo poco que tenía en la capital ya era más de lo que tenía en la aldea, así que empezar de cero, viuda y con tres hijos, tampoco le parecía una opción.

Habían cambiado muchas cosas desde la muerte de Mwenye. Makena era más libre, pero a la vez más esclava. Se habían mudado a un piso aún peor que el anterior, aunque contaba con la ayuda de su vecina, que más de una vez los había salvado de la inanición. Y, sobre todo, había cambiado la actitud de Makena. Se había vuelto mucho más fuerte, gracias a esa potencia que surge de las entrañas cuando el cuerpo se alimenta solo de desesperación. Es la fortaleza que aparece cuando ya no hay más remedio. Había desarrollado un carácter duro, pero a la vez risueño, a pesar de todo. Procuraba sonreír siempre, excepto cuando estaba sola, pues era el único momento en el que se permitía lamentarse. Su hijo menor la llamaba Mamá Leona. Eso la definía perfectamente.

Su condena empezó un veintinueve de noviembre. Lo recordaba bien. Las imágenes, que en su momento habían sido rápidas, reptaban por su mente con una lentitud que solo ocurre en aquellos que han analizado lo mismo una y otra vez, hasta que cada segundo se convierte en horas, porque todos los matices que se mueven en él son imposibles de resumir. Ya había pasado un año desde la muerte de Mwenye, y su situación era cada vez más des-

esperada. Muchos días no tenía qué darles de comer a sus hijos, y aquello la volvía loca. Los quería por encima de todas las cosas, y verlos sufrir le rompía el alma en mil pedazos. De día trabajaba de vendedora ambulante, y por las noches había conseguido un puesto de camarera en un restaurante, pero aun así no era suficiente. Cada noche se deshacía entre lágrimas y hambre. Aquel veintinueve de noviembre, mientras vendía pulseras a los turistas, apareció ante ella una mujer rubia con la sonrisa más amable y perfecta que había visto jamás. La vio aparecer entre la polvareda que levantaban los autobuses repletos de turistas, entre olor a gasolina y voces alzándose las unas por encima de las otras. Por cómo iba vestida y peinada, Makena supo que se trataba de una mujer con mucho dinero. Sus ojos eran bondadosos y no paraba de sonreír. Se acercó a ella, curiosa. Le compró dos pulseras, mientras un puñado de niños la rodeaba en busca de la misma suerte. Estuvieron un rato hablando, e incluso invitó a Makena a comer con ella.

Por aquel entonces no lo sabía, pero aquella mujer rubia era el mismísimo diablo. Con ella empezó todo.